



Marionetas Infinitas

Por José C. Elías 1991

©1991 José C. Elías

“Yo estuve ahí, lo vi todo, fue él quien lo hizo.” Eso es todo lo que tenía que decir para hacer que tuviera una vida miserable. Pero aunque fue él quien lo hizo, sabía que era inocente en cierto sentido, porque su destino estaba en mis manos, o para ser más específico, en las páginas de este libro en donde escribo cada momento de su vida.

Él nunca sospechó que yo fui su creador, él nunca sospechó que sus pensamientos, sus acciones, y sus emociones eran el producto de mi tinta. Él no lo puede sospechar, puesto que no puede pensar por sí solo, él me necesita para cada momento pasante de su vida. Está condenado.

Pero decidir cada uno de sus pasos era un trabajo tedioso, yo estaba envejeciendo y empecé a pensar del escribir como trabajo duro en vez de placer. Así que decidí darle el poder de decidir que hacer con su vida. Fue un grave error.

Esa mañana, cuando se despertó, se sintió diferente. No sabía por qué, pero al observar las aves volando por su ventana se dio cuenta lo que era. Se sentía libre.

Después de cambiar de ropas, salió a la ciudad, caminó calles arriba y abajo, exploró el nuevo mundo. No sabía para nada que le sucedía o por qué se sentía de la forma que se sentía, pero eso no le importaba. Había un gran mundo afuera por explorar, lugares por visitar, personas por conocer. En resumen, un mundo por vivir.

Ahora reflexiono sobre eso y me doy cuenta que no fue su culpa, para nada. Si yo le hubiera permitido tener esa sensación de libertad antes, cuando menos hubiera tenido experiencia mínima en la vida, suficiente como para saber que lo que iba a hacer era incorrecto.

Una noche clara, camino a casa, algo le llamó la atención. Era un grupo de gente joven hablando, riéndose, cantando, y aparentemente divirtiéndose. Él tenía curiosidad. Se acercó y paró, ellos estaban a una corta distancia de él y todavía no habían notado su presencia. Se acercó aun más y es ahí cuando uno de ellos, el más alto, sintió su presencia y giró su cabeza hacia él. Los otros hicieron lo mismo, y pararon lo que hacían. No hubo más charla, no más carcajadas, no más cantos. La escena se mantuvo así un momento. Él los miraba, ellos lo miraban, hasta que finalmente uno de ellos dijo “¿Quién diablos eres?”

“Yo tan... solo pasaba y... quería saber que sucedía, así que decidí tomar un vistazo, parece divertido lo que hacen.”

“Escucha chico, este no es lugar para ti, simplemente lárgate de aquí y déjanos en paz.”

“Pe... pero cuando menos me puedo quedar unos minutos, yo... yo no tengo nada que hacer.”

En este momento, uno de ellos, el más pequeño, le dice al más alto en voz baja “Oye hermano, dice que no tiene nada que hacer. ¿Por qué no le damos un trabajo *honesto*?”

“No sé, pudiera que esté con la ley, él podría...”

“¡Estás loco!, él aparenta, y te apuesto mi cerveza a ello, a ser solo un muchacho cualquiera; vamos, probémoslo una vez, uno más para los trabajos no nos hace mal...”

“Te debo un favor, tomaremos el muchacho, pero eres responsable de él.”

“¡Oye!, no te preocupes, si hay algún problema con el muchacho, yo me encargaré de rebanarlo...”

No le costó mucho tiempo al pequeño en convencerlo de que tan buena su “buena vida” era. Al próximo día en la mañana ya lo estaban entrenando en el arte del robo. Aprendió rápidamente. No pasaron más de unos días antes de ya haberse convertido en un experto en este campo. Le encantaba robarle a los ancianos. “Es divertido verles las caras. Para cuando se dan cuenta, abren sus bocas, no pueden pronunciar palabras, y sus ojos se llenan de lágrimas. ¡Te tiene que encantar!”

Pero la diversión tiene sus límites. Una noche lluviosa, después de un “mal día de trabajo”, estaba hambriento, y unas cuantas monedas es todo lo que necesitaba para poner un poco de comida en su estómago. Entonces, como de la nada, vio a un hombre en sus cincuentas caminando al final de la calle en su dirección. “Este es mío, se va a lamentar haber salido hoy...”

Esperó pacientemente detrás de una pared de piedra. El hombre estaba a punto de pasar.

“¡¡¡Pare!!!, ¡deme todo lo que lleva encima abuelo!”

“¿Quién te crees que eres muchacho?, te pido respeto, ¡fuera de mi camino!

“Escuche viejo, tengo un lindo cuchillo bajo mi manga, así que por qué no coopera y se ahorra tiempo...”

“Eh, ¿¿¿te crees que te tengo miedo pequeño bastardo???”

Eso rebotó el baso. Podía sentir su sangre corriendo por sus venas, su latido acelerado, su presión subiendo. El cielo se iluminó repentinamente, un trueno se oyó poco después. Tomó el cuchillo, le agarró uno de los brazos detrás de sus viejas espaldas, le aplicó una gentil presión con su cuchillo en la garganta y le dijo “Este es su último chance, solo compórtese y no le haré nada.” Pero este no era un “viejo” cualquiera. Se forzó fuera de las garras del bandido puñeteándolo en la cara con su mano libre y empezó a correr pidiendo auxilio con todas las fuerzas de sus viejos pulmones. No valía vocear, su voz era tan solo un gemido bajo la lluvia violenta y el sonido aplastante de los truenos. El joven, lleno de rabia, le calló corriendo atrás, y segundos después puso sus manos sobre el hombre el cual cayó al piso mirando al joven que lo sostenía por el collar de su abrigo, y como instinto animal, le cortó la garganta en el acto. Pudo ver la sangre corriendo bajo el cielo oscuro. Nunca vio sangre como esta antes; sabía lo que había hecho...

No corrió. Sus piernas no se podían mover. Esperó hasta que llegara gente a ver lo que había pasado. Su cuerpo estaba incapacitado, pero su mente no. ¡Ayúdenme, ayúdenme por favor, alguien ha matado este pobre hombre! Nadie jamás vio el cuchillo, nadie supo que fue él; solo yo... sabía.

Ahí fue cuando decidí introducirle dentro de su manejable cabeza la idea de venir aquí y hablar conmigo. Había algo que tenía que hacer.

“¡Buenas tardes señor!, ¿me podría decir donde puedo conseguir un perro como el que tiene en el patio frente a su casa? Sabe señor, no tengo nada en este mundo, y me gustaría...”

“Ya sabía que querías un perro.”

“¿Cómo diablos sabía, solo porque le pregunté?”

“No, no mi amigo, por la misma razón que viniste aquí.”

“¿Con su permiso viejo, que dijo?”

“Ven, entra, tengo algo que enseñarte...”

Me siguió paso a paso, hasta que llegamos a una sala en mi subsuelo, llena de libros. Nunca había visto tantos libros en su vida.

“¡Guao Señor!, ¿son todos estos libros suyos? ¿Los ha leído todos? Son ellos...”

“Siéntate en esa silla, hijo mío.”

Él obedeció, no sabía por qué pero lo hizo. Sus pensamientos eran de él, pero no sus acciones. Me senté en una silla cómoda detrás de mi escritorio, frente a él, con un libro al frente mío.

“Escucha hijo mío, quiero que esto sea lo más breve posible, es demasiado difícil para mí el terminar esto de esta manera después de todos estos años.

“¿Terminar que Señor?, ni siquiera sé, ni siquiera...”

“No, pero yo no puedo decir lo mismo acerca de ti. Yo sé cada pequeña cosa que has hecho desde el primer día que tus ojos vieron la luz de este mundo.”

“Oiga, si lo que quiere es chantajearme más le vale que...”

“No mi hijo. ¿Ves este libro? Quiero que veas el nombre que tiene.”

Le enseñé el libro a cierta distancia a mi creación nerviosa.

“¡Jey, ese libro tiene mi nombre!”

“Sí, y todos tus pensamientos y acciones están escritos aquí. Esta es tu vida mi hijo; este es tu pasado, tu presente... y tu futuro.”

“No creo...”

“Una palabra de lo que estoy diciendo...”

“Solo quiero...”

“¿Irte de aquí...?”

“¿Por qué está usted está...”

“¿Haciendo esto... a ti?”

“¡Que rayos está pasando aquí, que es esto, estoy confundido, yo... no sé que estoy haciendo aquí!, demandando...”

Todavía no se podía mover de su silla, pues su destino ya estaba sellado en tinta...

“Tú hijo mío, sí, mi hijo, eres mi creación. Te creé, sé lo que estás pensando ahora mismo con simplemente ver como se describen en letras aquí frente a mí. Tú eres mi obra maestra, mi gran creación, pero desde que te di libre albedrío, mira lo que haces; ¡le quitas la vida a un ser humano!”

Mis palabras le llegaron tan fuerte al corazón, que ahora no tenía dudas que yo decía la verdad. Yo ya había decidido en el libro el no interferir por el resto de la conversación...

“Entonces tu... yo... yo no sé que decir; ¿¿¿¿¿por qué, por qué está haciendo esto, qué va a hacer, qué, qué!!!???”

“Hijo mío, el por qué es porque necesitaba distraer mis emociones, soy una persona solitaria, mi vida nunca fue la vida ideal, pero contigo... contigo tenía un hijo, alguien a quien cuidar, alguien que me daba una razón para vivir. El qué voy a hacer es que como cualquier otro libro, hay un comienzo, y hay un final...”

Con un nudo en la garganta dijo: “¿Es... este el final?”

“Me temo que sí, hijo mío...”

“¿¿Pero que me va a pasar!?, yo no quiero... morir, ¡¡¡yo quiero vivir, vivir!!!”

Tengo que admitirlo, sus palabras me llegaron al corazón; pero tenía que hacerlo. Ya que si yo moría, lo único que legaría al mundo sería este hombre joven, esta pobre bestia. Quiero morir en paz conmigo mismo. Por él una vida ya se ha perdido en este mundo, pero si lo detengo ahora, mucho daño más se va a evitar. Tengo que hacerlo.

“Cálmate mi hijo, esto, quiero que sepas, es tan solo un sueño; un sueño del cual todos nos vamos a despertar algún día. Lo que sucede es que hoy es tu día de despertar. Hoy voy estoy escribiendo el último capítulo de tu libro.

Trató de moverse, quería correr, yo lo sentía. Después de tratar desesperada e inútilmente de escapar mi dominio, se rindió, no valía tratar, sabía que no se podía mover... Una lágrima se podía ver bajar muy lentamente desde uno de sus ojos. Entonces me vio con una cara tan triste, que nunca la podré olvidar.

Justo antes de cerrar sus ojos, todo lo que dijo fue “¡vida!”

Esa noche me sentí como si hubiera perdido a un hijo. En realidad así fue, yo fui el origen de su vida.

La otra noche mientras caminaba por las mismas calles que recorría mi hijo, un hombre muy viejo, envuelto en ropas de invierno me paró en una de esas esquinas solitarias, y sin razón alguna empezó a reírse. Su risa fue un mensaje para mí. Que tan ignorante era yo, era el mensaje. El hombre paró de reírse e introdujo su mano bajo su negro abrigo de invierno, recordándome cuando mi hijo sacó el cuchillo para matar a su víctima. En vez de eso, este hombre sacó un libro, y me lo mostró... tenía mi nombre. Me dijo “Estoy escribiendo tus últimos capítulos mi viejo hijo...” No dijo nada más. Entendí su mensaje.

Tal vez esto no es la realidad, tal vez como le dije a mi hijo esto es tan solo un sueño, un sueño en el cual juego el papel de un ser humano en una gran obra llamada La Vida...

José Carlos Elías

(Escrito originalmente en Inglés la noche de Febrero 14, 1991, y traducido al Español el 24 de Agosto del 1998)

Anexo del 13 de Agosto 2010: Mas información en eliax.com

http://www.eliax.com/index.cfm?post_id=8025